Pablo Mourier

Venganzas *sutiles*

Dieciocho historias de una ciudad caníbal

BÄRENHAUS

Venganzas *sutiles*

BÄRENHAUS
EDITORIAL

Pablo Mourier

Venganzas *sutiles*

Dieciocho historias de una ciudad caníbal

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS

A Clementina, Oliverio y Andrea

A Ricardo

BÄRENHAUS
EDITORIAL

Índice

Más negro que amarillo 13
Viejos planes 17
Héroe 27
El otro Funes 31
Nunca se sabe 35
El juego y el final 41
Por algo habrá sido 57
La casa 61
Nunca es fácil Balvanera 71
La vieja y los vecinos 75
El Chino y el Hueso 85
La vergüenza de la señorita Dughan 89
El verdadero amor 101
La resurrección de Luis 109
El número 7 115
Luz 121
Cosa de arqueros 123
Magdalena 129

BÄRENHAUS EDITORIAL

"Al igual que yo,
pronto escombro serás",
me dijo el Demoledor.

Entonces, entendí que cada ladrillo era una historia que debía ser contada. Podemos toparnos con ellas al doblar una esquina de Monserrat, Balvanera, Retiro, Palermo, o donde elijamos perdernos. *Venganzas sutiles* se recortan sobre fachadas blancas. Como en un teatro de sombras chinescas, el contraste revela lo que pretendía permanecer oculto. Es nuestra oportunidad de ver, entender y volver a construir. Con esos mismos ladrillos golpeados, arrancados de paredes anchas de orgullo, de historias y de luminosa oscuridad.

Pablo Mourier

BÄRENHAUS EDITORIAL

Más negro que amarillo

Ella cierra la puerta del taxi y apoya el pequeño bolso negro sobre sus piernas larguísimas; es casi medianoche y en Buenos Aires el verano se ha adelantado varias semanas.

—Hasta Puerto Madero, por favor.

El taxi arranca despacio; la lluvia de la tarde no ha traído ningún alivio. Ella baja la ventanilla con fastidio, el interior del auto es el mismo horno que allá afuera. El taxista se apura a interceptar su malhumor:

—Se rompió ayer… el aire, digo. Igual tenía que llevarlo a que lo vieran.

—Está bien, no voy tan lejos. —Ella no quiere conversar; está nerviosa, no va a ser una noche fácil.

El taxista insiste:

—¿Puede ser que te haya llevado antes? —Habla buscando su mirada desde el espejo retrovisor, pero ella prefiere evitarlo:

—No creo. —Su respuesta es rotunda por lo breve; alcanza para que el viaje siga en silencio durante algunas cuadras. Mejor así.

El auto se desliza despacio sobre el asfalto mojado,

BÄRENHAUS EDITORIAL

como si estuvieran paseando. A ella esa cadencia la incomoda, pero prefiere no hablar, su cabeza está en otra parte. Los ojos no dejan de observarla, perciben su esfuerzo por ignorarlo. Ese escapar lo provoca.

—¿Estás apurada? —dice el taxista.

—Estoy llegando tarde —lo corrige ella.

El auto sigue su marcha, los ojos de él siempre encima buscando doblegarla. Ella se pregunta si no sería mejor conversar, al menos no se sentiría tan violentada. Pero no, no va a ceder, la mejor manera de escapar es en silencio. Se acerca a la ventanilla baja, finge interés en los pocos trasnochados que todavía andan en la calle. El viento en la cara le da algo de alivio; piensa también en lo inútil de las tres horas en la peluquería. Mira el reloj en su muñeca, regalo de él; es cierto que está llegando tarde. Pero debe mantener la calma: no va a ser fácil, lo supo desde la primera vez que se acostaron.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Los ojos siguen ahí, al acecho, como espiándola desde un hueco sucio. Ella siente asco, le repugna la idea de que su imagen esté compartiendo ese mismo espejo. Él vuelve a avanzar:

—¿Estás trabajando, no? Me di cuenta apenas te vi.

Ella ya no lo escucha, solo busca una oportunidad de fuga, tal vez en algún semáforo.

—¡Allá hay un kiosco! —trata de parecer espontánea—. Compro cigarrillos, es apenas un segundo.

El auto acelera, la mentira la ha dejado más desnuda que antes. Él lo disfruta, sentir su poder lo excita.

—Voy a tomar por la avenida, es más largo, pero a esta hora casi no hay autos. Va a ser mucho mejor, ya vas a ver.

Ella aprieta fuerte el bolso contra su estómago, como hacía de chica con la oveja de trapo en noches de pesadillas. El taxi ya no se detiene en los semáforos, solo queda gritar.

—Subí la ventanilla, por favor. Enseguida llegamos.

El pensamiento de ella es vertiginoso: repasa alternativas, evalúa chances y riesgos; siempre pierde. En el interior del bolso, su celular no deja de sonar y en su cabeza esa insistencia se traduce en imagen: séptimo piso de Puerto Madero; él, desnudo bajo la bata de toalla, impaciente porque ella no llega, sin imaginar que será la última noche que se vean. No se decide a atender, no quiere escuchar sus reclamos. De golpe, flaquea. Tal vez sea mejor olvidarse de todo, quedarse a su lado y que él la proteja. Busca el teléfono en el bolso. El taxista pierde la calma por primera vez:

—Dejalo ahí donde está y nos evitamos los dos un problema, ¿sí?

Se acabaron las ambigüedades; ahora van a toda velocidad por la avenida siguiendo un camino que no es. Ella pierde la cuenta de las bocacalles que van dejando atrás. Giran antes de cruzar la vía, luego continúan por una calle angosta y oscura, a un lado, el alambrado ferroviario cubierto por enredaderas, y al otro, pequeñas fábricas y talleres. Debe ser Barracas. El silencio amplifica el rodar del auto sobre los charcos en el empedrado. El taxi se acerca suavemente al cordón hasta detenerse, haciendo crujir hojas y pequeñas ramas caídas durante la tormenta. El taxista se da vuelta y por primera vez la mira a los ojos sin la intermediación del espejo:

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¿Te gusta acá? —dice.

Abre la puerta del conductor. Antes de bajar, le indica que se corra al medio del asiento. No quiere actos heroicos:

—Lejos de la puerta. No tengo ganas de andarte persiguiendo, ya ves lo oscuro que está afuera.

Ella obedece sin oponer resistencia. Él baja del taxi, afloja el lazo de su pantalón deportivo y abre la puerta de atrás. El teléfono vuelve a sonar. Con medio cuerpo adentro del auto, él extiende su brazo para que se lo entregue.

—Dámelo, vamos a pedir que nos dejen solos por un rato, ¿te parece?

Ella abre el bolso, busca a tientas y dispara tres veces. El taxista se desploma junto al cordón sin siquiera haber visto el arma, los ojos bien abiertos y el pantalón por debajo de las rodillas. Ella vuelve a guardar la pistola en el bolso junto al teléfono, que sigue sonando y ya no atenderá. No atina a escapar. No sabe cómo explicará a los mexicanos que ha fallado, que acaba de matar a otro. En la suite más lujosa de un hotel de Puerto Madero, un poderoso juez federal deja su teléfono sobre el mármol del jacuzzi y maldice resignado.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Viejos planes

Las dos hermanas lo sabían: era impensable que el padre aceptara irse de la casa sin escándalo, había en ella demasiada historia, nostalgias y orgullo acumulados por casi un siglo. Era la casa de su abuelo inmigrante, el mismo que alguna vez se había embarcado en Nápoles buscando un horizonte mejor que el hambre. Desde entonces, habían pasado cuatro generaciones de la familia. No había posibilidad alguna de que el padre aceptara irse.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Desde los tiempos del nono, el barrio había cambiado. Ahora proliferaban los hoteles boutique, los restaurantes temáticos y las ferias de ropa y diseño. Palermo Soho era el preferido por jóvenes que pagaban fortunas por alquilar un dos ambientes con *amenities* o comer sushi en la vereda. Pero al padre, ese impostado glamour lo tenía sin cuidado: su vida transcurría dentro de la casa, entretenido con la nostalgia de una familia y un mundo que ya no existían. Con algo más de cuarenta, Inés y Virginia veían la vida de otra manera. Las historias de inmigrantes les resultaban distantes y ajenas, ya bastante tenían con

los familiares nacidos de este lado del océano. Por eso habían quedado en acordar ciertos detalles antes de visitar a su padre. Se reunieron en el café de la esquina, a la vuelta de la casa donde habían nacido.

—¿Por qué tengo que ser yo la que se lo diga? —protestó Virginia a su hermana mayor.

—Porque toda la vida fuiste su preferida —dijo Inés—. A vos el viejo te perdonaría cualquier cosa.

—Esta vez no creo —respondió con escepticismo.

—¡Virginia, por favor… como si fuera el primer padre internado en un hogar de ancianos!

Virginia se quedó callada.

—Además, el viejo no es tan grande —siguió diciendo Inés—, ¡por ahí hasta consigue novia!

La madre de Inés y Virginia había muerto hacía años. El padre vivía solo y la casa parecía demasiado grande, sobre todo ahora que ellas habían despedido a la empleada que lo ayudaba con la limpieza.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—No te lo digo por el geriátrico —le aclaró Virginia—. Lo que no nos va a perdonar nunca es lo de la casa.

—¿Pediste que no pusieran el cartel hasta que hayamos mudado al viejo, no? —preguntó Inés.

—Sí —dijo Virginia—, quedé en avisarles cuando la casa estuviera vacía.

—En esas cosas tenemos que ser cuidadosas.

—Muy cuidadosas.

—Imagínatelo al viejo enterándose por el cartel en la puerta… ¡Qué cosa horrible!

—¡Horribles son los de la inmobiliaria! —advirtió Virginia—. La que me atendió no estaba al tanto de nada: me dijo que el poder de venta no hacía falta.

—Lo único que les interesa es cobrar la comisión —dijo Inés con fastidio—. ¿La están publicando en Internet?

Virginia negó con la cabeza.

—Primero hay que tasarla. Son muchos ambientes, el patio, el jardín…

—Estamos perdiendo los mejores meses —se lamentó Inés—. Después vienen las fiestas y el verano. Hasta marzo no pasa más nada.

—Ya sé, pero no podemos llevar a un tasador con el viejo adentro. Vos viste lo desconfiado que se pone…

—¡Acordate del escándalo cuando le pedimos que nos hiciera un poder amplio!

—Los viejos tienen un olfato especial…

—Tenemos que cerrar el asunto hoy mismo —dijo Inés perdiendo la paciencia—. Llevo pagados dos meses del geriátrico para que nos sigan reservando el lugar.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Se hizo un silencio incómodo, siempre terminaban discutiendo por la plata. Inés tomó un sorbo de café para ganar tiempo y recomponerse. Después siguió hablando, ya más calma:

—Tenemos que sentarnos a hacer números… —dijo.

—Los otros días pagué el despido de Teresa —aclaró Virginia.

—Ni me cuentes, esas cosas me deprimen.

El celular de Virginia empezó a vibrar sobre la mesa. Ella se fijó: tenía otro mensaje del padre en el contestador. Escuchó su voz reclamando, como siempre.

—Pregunta si vamos a ir —dijo mostrándole el celular—. ¡¿Podés creer que es la tercera vez en el día?!

—Culpa tuya por haberle dado el número.

A Virginia no dejaba de asombrarle cómo Inés se desentendía de todo lo que tuviera que ver con su padre. Se preguntaba qué pasaría si ella hiciera lo mismo.

—¿Empezás hablando vos o arranco yo? —la encaró Inés.

—¿No habías decidido que se lo dijera yo? —le reprochó Virginia.

—Se lo decís vos, ya sé. Pero yo puedo sacar el tema, para que no empieces a dar vueltas y vueltas como hacés siempre.

—Ya te dije que no me voy a echar atrás…

—¡Hace tres meses que estamos con esto! —le reclamó Inés.

—¡Hace tres meses que no venimos a visitarlo, Inés! —dijo Virginia levantando el tono.

Se hizo un nuevo silencio, el más incómodo, Inés había logrado sacarla de quicio una vez más. Virginia desvió la vista para evitarla, no soportaba esa mirada de hermana mayor, manejadora. Notó que de otras mesas las estaban observando. ¿Qué sentido tenía estar discutiendo adelante de extraños algo que ya habían hablado hasta el cansancio? Pero Inés insistía, parecía disfrutarlo.

—¿Querés que lo ensayemos? Vos sos vos y yo hago del viejo.

—Me estás poniendo nerviosa, Inés.

—Peor va a ser que te pongas nerviosa adelante del viejo por no haberlo ensayado.

Virginia estuvo a punto de levantarse. Cuando Inés se ponía así, no la soportaba. En vez de eso, repasó una vez más sus instrucciones.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Le hablo sin dramatismo y no menciono lo de vender la casa —dijo—. Solo señalo la conveniencia de que viva acompañado en un lugar donde va a estar atendido y rodeado de gente de su edad.

—¡Y con control médico, eso suena convincente! —interrumpió Inés—. Decile que el médico nos habló de lo peligroso que es vivir solo a su edad.

—Mentiras no, Inés.

—Está bien, esa parte la digo yo.

Inés terminó su café. Al dejar la taza, se acordó de algo.

—¡El jardín! —dijo—. Al viejo le gustan las plantas y en este lugar va a tener como media manzana de parque.

—Se va a dar cuenta de que queda en provincia, Inés. Es viejo, no pelotudo.

—Menos contaminación, menos ruido... Acá en la ciudad, la gente es una porquería.

—¿Vamos? —Virginia la interrumpió para no seguir escuchándola.

Pagaron los cafés y se dirigieron hacia la puerta serpenteando entre las mesas. A Virginia le pareció que algunos volvían a mirarlas, pero trató de no perseguirse, seguramente era cosa de ella.

Cruzaron la calle y caminaron sin decir palabra. Por más que intentara disimularlo, Inés también estaba nerviosa. Convencer al viejo prometía ser una lucha titánica, deberían escuchar sus argumentos de siempre: la familia, los recuerdos, el orgullo.

—¡Si serán imbéciles! —gritó Inés. Miraba en dirección a la casa, desencajada.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Virginia siguió la mirada de su hermana y se topó con el enorme cartel de la inmobiliaria: “EN VENTA”. Estaba clavado en el pequeño jardín de adelante.

—¡Te lo dije! La mina de la inmobiliaria es una idiota —se anticipó Virginia a la defensiva.

—Si el viejo lo vio, debe estar hecho una furia.

—Sale poco, por ahí ni se enteró. En una de esas lo pusieron hoy mismo.

—¡Por eso llamaba tanto! —se dio cuenta Inés.

—Bueno, le decimos que es por su bien y punto. ¡Tampoco es bueno darle tantas explicaciones!

Cruzaron la calle en dirección a la casa. Pasaron junto al cartel, realmente era grande. Virginia volvió a acordarse de la empleada de la inmobiliaria. Subió los dos escalones hasta la puerta principal, se sintió agitada, debían ser los nervios. Respiró hondo y tocó el timbre mientras su hermana gesticulaba para darle ánimo. Los segundos que pasaron le parecieron eternos. Por fin, la puerta se abrió y apareció el padre, sonriente como pocas veces.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¡Hijas! —dijo cariñoso—. ¡Qué alegría!

Él se adelantó para darles un abrazo, al tiempo que ellas se apuraban a entrar para que no viera el cartel. Terminaron tropezando entre sí en un abrazo torpe y nervioso. La sonrisa que tanto habían ensayado se les desdibujó al instante: parada junto al sillón del living, había una mujer joven. Era rubia, bastante bonita y algo menor que ellas. El viejo se apuró con las presentaciones:

—Sofi, vení —dijo emocionado—. Te presento a mis otros dos soles: Inés y Virginia.

La mujer rubia sonreía con timidez, las manos entrelazadas sobre su falda. Inés y Virginia no necesitaban escuchar más para saber que algo andaba mal. Miraron al padre, le exigían precisar la situación: ¿qué hacía ese gato en la casa familiar? Él caminó hasta ponerse junto a la mujer rubia y cruzó su brazo por detrás de la espalda de ella, tomándola del hombro.

—Les presento a su hermana Sofía —dijo.

"¡Esto no puede estar pasando!", pensó Virginia.

El viejo vio su cara y empezó con las disculpas:

—Perdón por la desprolijidad, pero… ¡tardaron tanto! —se justificó.

La mujer rubia estaba cada vez más emocionada, los ojos brillosos por las lágrimas. El rostro mostraba también cierta incomodidad, parecía no entender la frialdad de sus hermanas.

Virginia se dejó caer sobre el sillón. Inés se sentó a su lado.

—Sofía, cielo —dijo el viejo—, ¿podrías preparar un té?

La mujer rubia asintió mientras se secaba las lágrimas y salía disparada hacia la cocina, se le notaba el alivio por correrse de la línea de fuego. El padre se sentó frente a ellas y empezó a hablar en voz baja, como si el tono pudiera hacer más aceptable lo que tenía para decirles.

—Estoy tan feliz por este encuentro… —dijo.

—¿De dónde mierda salió esta mujer, papá? —Virginia lo cortó en seco.

El viejo sintió el impacto, ella nunca le había hablado así. Necesitó unos instantes para recuperarse, lue-

BÄRENHAUS EDITORIAL

go respiró hondo y contó su secreto mejor guardado.

—Después de que ustedes nacieron —dijo—, tuve una relación con otra mujer...

Inés y Virginia cruzaron miradas. Estaban desconcertadas, siempre habían visto a su padre como a un odontólogo obsesivo, sin más vida que su consultorio y su familia, definitivamente aburrido.

—Cuando se enteró de que yo era casado, ni siquiera se despidió. Nunca más la vi.

El padre buscó la mirada de sus hijas, necesitaba tener su apoyo. Ellas lo ignoraron. Entonces, él siguió:

—Jamás intuí que tenía otra hija.

—¿Y entonces? —lo apuró Virginia.

—Hace algún tiempo, después de la muerte de su madre, Sofía empezó a buscarme.

Inés puteó por lo bajo.

—Finalmente, hace un par de meses, me encontró.

El viejo estaba desbordado por la emoción, le costaba respirar. Inés pensó que caería muerto en medio del relato. Pero no; poco a poco, él fue recuperando el control.

—Sofía es una chica sensible —siguió el padre—. Escucharla hablar de su madre fue muy fuerte, me cambió la vida. Tengo ganas de hacer cosas, de salir…

El viejo interrumpió la frase por los golpes que venían de la calle, parecían martillazos. Inés se levantó para ir a ver, pero él la retuvo.

—También quería hablar de esto —dijo—; ¡es que son tantas cosas juntas! En la entrada hay un cartel de una inmobiliaria…

BÄRENHAUS EDITORIAL

Inés y Virginia se miraron buscando mutuo apoyo: ¡con los nervios no recordaban qué debía decir cada una! Tampoco parecía prudente hablar de vender la casa en un momento así y adelante de terceros.

—Tranquilo, viejo, no te preocupes, está todo bien —dijo Virginia—. Lo hablamos con calma el fin de semana.

—Es que mañana me voy de viaje, ¡estuve semanas intentando decirles! —se justificó el viejo.

Virginia estaba azorada. Era como caer al vacío, una caída sin fin, solo esperaba el choque final.

El viejo siguió hablando:

—No quiero morirme sin conocer Nápoles... Es lo único que justifica deshacerse de la casa.

—¡¿Vas a vender la casa?! —lo interrumpió Inés, ofendida.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Ya la vendí —dijo él con culpa—, ¡es lo que estoy tratando de decirles! Pedí que no pusieran el cartel, pero ya escuchan los martillazos... ¡A esta gente solo le interesa cobrar la comisión!

Virginia estaba a punto de llorar, quería despertar de esa pesadilla. A su lado, Inés parecía perdida, inmóvil y cabizbaja, sin atinar a nada.

—Viajo con Sofi —dijo el viejo—. ¿No es maravilloso?

—Pero, papá... —interrumpió Virginia.

—No se preocupen por mí —dijo él.

—Es que nos parece que nosotras...

—Ustedes tienen que estar acá, con sus hijos, como debe ser. Yo siempre les di todo, en cambio a Sofi...

El silencio invadió la casa, apenas se oían los ruidos de vajilla en la cocina. Ellas buscaban algún

argumento para resistir, pero no lo encontraban. El padre siguió hablando, emocionado:

—Conocer al mismo tiempo a mi hija menor y la tierra del nono —hizo una pausa y luego continuó—, es maravilloso.

Inés se puso de pie con energía, tratando de interrumpirlo. El viejo no se inmutó, seguía soñando como un adolescente.

—Revivir su mística aventurera, su devoción por la familia —dijo—, lo vivo como un homenaje.

La mujer rubia se asomó desde la puerta de la cocina.

—¿Alguna prefiere té con limón? —preguntó con su exasperante ingenuidad.

Inés y Virginia hicieron todo el viaje de regreso sin hablar una palabra.

BÄRENHAUS EDITORIAL

El Chino y el Hueso

El Chino era policía. Botón, cana, yuta, rati, gorra, poli, vigilante; era todo eso sin tener ninguna vocación para serlo. En el barrio juraban que se había hecho cana para estar en la cancha los días de partido. Puede ser que fuera cierto, porque a poco de entrar pidió el pase a la División Perros. Eso le aseguraba estar más cerca de los jugadores, casi en el banderín del córner y pegado al alambrado, como los pibes del barrio, pero del lado de adentro. Poco le importaban las puteadas, las escupidas y las botellas con meo. Una vez casi lo matan a patadas, cuando se metió en la cancha para abrazarse con el siete, la tarde aquella del memorable gol olímpico. La turba tenía razón en estar enardecida: en medio de los abrazos, el perro del Chino había mordido la pierna del wing, lo que obligó a que estuviera tres meses sin jugar. Cuando hacía esos quilombos, lo borraban por un tiempo, pero siempre volvía. Los jefes lo bancaban porque su locura los divertía.

El Chino siempre me hablaba del perro, pero lo de aquella tarde fue demasiado:

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Miralo, ¿no reconocés la manera de pararse? ¿Sabés cuándo nació? El 14 de febrero de 2009… ¡No me mirés así, boludo, ¿no te dice nada la fecha?! 14 de febrero de 2009… ¡el día que se nos fue el Hueso! ¡Tenés que ser medio pelotudo para olvidarte del Hueso!

El Hueso había sido el enganche más vistoso en toda la historia del club, había jugado allá por la década del cincuenta. El Chino no lo había visto jugar, pero conocía de memoria cada una de sus epopeyas, sus récords nunca igualados, las mañas para hacer echar rivales. Estaba obsesionado el Chino, pero nadie se animaba a decirle nada, ¡es que el tipo era tan feliz con esas cosas!

—¿Vos me estás diciendo que el rope es el Hueso? —me animé a preguntarle.

—¡La reencarnación, boludo! Mirá la manera de pararse, miralo bien y decime si no es el Hueso. A mí me jode un poco tenerlo atado, justo a él, que zafaba de cualquier marca… ¡¿Sabés lo que debe sufrir mirándolo desde afuera?! ¡Sabés si entra, cómo los deja parados a todos estos muertos! Vez pasada se puso tan loco que yo no lo podía manejar, no lo dejaba patear el córner al punterito de ellos. Por ahí fue por el cagazo, qué sé yo, pero la verdad es que el pibe lo pateó horrible. El Hueso sabía cómo poner nervioso a un rival y este tiene sus mismas mañas… ¡¿Qué te quedás mirando?! ¡Ya te dije que no me mirés así! Sos un pelotudo, ya te vas a dar cuenta vos también que es el Hueso.

Los escándalos se volvieron cada vez más frecuentes y el Chino se convirtió en un personaje incómodo. Ante la consulta de sus jefes, el psiquiatra de la

BÄRENHAUS EDITORIAL

Fuerza indicó cambiarle el perro, lo que le provocó un brote psicótico severo y una urgente internación en la clínica policial. El Chino falleció pocos días más tarde, lejos de su amado compañero.

Viví la historia desde adentro. Si nunca la conté hasta ahora, es porque hacerlo me había parecido una iniciativa inútil. Cambié de opinión ayer, en la cancha, sufriendo el clásico desde la tribuna, insultando al wing que venía a patear el córner tan cerca del alambrado. Del otro lado reconocí al Hueso: un poco más viejo, el hocico canoso, pero con los bríos de siempre; ladraba, temible, al pateador asustado. A la par del Hueso, tensando la correa con la que un joven policía apenas podía retenerlo, había un perro más joven, de pelaje muy negro y temperamento exaltado, puro nervio. Sentí que ya lo conocía, que nos conocíamos desde siempre, es por eso que lo cuento. Les pido que se fijen, que se fijen bien. Díganme si no reconocen esa manera de pararse.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL
BÄRENHAUS
EDITORIAL